

JULIETA CAMPOS

JARDIN DE INVIERNO

A Silvia Bleichmar



Personajes

Mujer del piso alto (1)

Mujer de edad indefinida (2)

Mujer con sombrero de paja de Italia (3)

Hombre

Mauretania, trasatlántico

(Personajes en blanco sobre fondo azul Kbnopff)

Dos niveles: arriba, penumbra; abajo, luz excesiva, cegadora. Arriba, mesa con máquina de escribir, libros, papeles en desorden y, a ras de suelo, diván cubierto con tela suntuosa pero deteriorada, y muchos cojines igualmente envejecidos pero propicios: el rincón debe ser umbroso y recogido, como una caverna. Entre los cojines muñeca de trapo, ni muy pequeña ni muy grande, de esas que velan un despiadado insomnio en bazares de anticuarios modestos, con largo ropón de bautizo y pámela que corresponde, evidentemente, a otra muñeca. Entre la mesa y el diván, toga embreada de uso marino.

Abajo, en primer plano, chaise longue y mecedora. A la derecha de los espectadores el chaise-longue, con respaldo y lleno de cojines. A la izquierda la mecedora, de mimbre. Junto al chaise-longue, mesa niquelada con varias botellas y vasos. Al fondo, ocupando el espacio que en el primer plano

queda vacío, entre mecedora y chaise-longue, mesa cubierta con antigua sobrecama blanca, de encajes y tul, parecida al ropón de bautizo. Hay servicio de té sobre la mesa. Detrás, ventana abierta sobre horizonte marino.

Ya ha subido el telón cuando los espectadores entran en la sala. Una voz repite "Tercera llamada. Tercera. Empezamos". Se inicia, muy lentamente, el tema de una canción de Cole Porter: What Is This Thing Called Love? que, poco a poco, se desvanece.

Entra, arriba, mujer vestida de blanco con sombrero de paja muy usado. Trae canasta y tijeras de jardín, pero la canasta está vacía. La deja en el suelo. Se detiene frente a la máquina sin quitarse el sombrero y mueve el rodillo para leer algo escrito con anterioridad. Lee en voz alta.

Mujer 1: Dos niveles: arriba penumbra. (Comprueba, a su alrededor, la penumbra.) Abajo luz excesiva, cegadora. (Se asoma, apenas, para apreciar la luz de abajo.) Chaise-longue, mecedora de mimbre y al fondo, cerca de ventana abierta que deja ver horizonte marino, mesa con mantel blanco que cae hasta el suelo. (Pausa.) No hay nadie todavía en escena. (Mirando a los espectadores, buscando sus miradas.) Y sin embargo, ahí están ya, zumbando como mosquitos, las miradas. Miradas que me observan desde enfrente. Que forman parte de otra escena, de muchísimos escenarios en los que yo no intervengo. En los que no tengo nada que decir.

Acciones que tienen lugar en otra parte. En otros tabladitos donde yo no represento, no he jugado hasta ahora, ningún papel. (Ocupa su lugar, es decir, se sienta frente a la máquina. Se pone anteojos. Escribe. Se escucha, por un breve lapso, el teclear de la máquina. Lee en voz alta.) Mira a su alrededor. Se asoma. Pausa. Mira hacia el público. Ocupa su lugar. (Quisándose los anteojos va inventando, con su mirada curiosa, las miradas de probables espectadores.) No es verdad que estén ahí. Yo los invento. También esas miradas las invento. Nada de lo que aquí está sucediendo tiene que ver con lo que sucede afuera. La prueba es que yo misma, que invento a otros que estarían ahí mirándome, no hubiera podido hacerlo hace un instante, antes de entrar en esta escena, antes de empezar a imaginármela. (Pausa.) Porque la escena empieza cuando yo asumo mi papel que es, únicamente, imaginaria. (Pausa.) Y sin embargo. (Pausa.) Meceadora, chaise-longue, mesa con mantel largo, luz cegadora, penumbra, cama, mesa de trabajo, fondo marino: todo estaba. (Desconcertada.) No hago más que ocupar un lugar que me habían reservado. Este lugar. Un lugar para hacer acotaciones. Las acotaciones se escriben al lado derecho de la página: es lo que se dice, al margen, de lo que se está representando. Cuidado: no al margen de lo que se está representando. Algo, me doy cuenta, empieza a condensarse. Entrará en escena otra mujer: una mujer de edad indefinida que limpia muebles inexistentes, haciendo como que sacude el polvo de muchos años. Se habrá vestido de blanco. Entra mujer de edad indefinida.

Entra Mujer de edad indefinida, con uniforme, delantal blanco y plumero en la mano. Inicia un gesto, como si se propusiera limpiar al infinito infinidad de muebles que llenarían la escena si fuera otra escena. Se desdiseña, antes de completar el gesto.

Mujer 2: ¿Y si nevara de repente? (Pausa.) Podría nevar. (Disipando, con el plumero, copos de nieve.) Podría. (Se queda fija en el gesto inconcluso, como en el juego de las estatuas.)

Mujer 1: (Con los anteojos en la mano, procurando verbalizar algo impreciso, que empieza a insinuar.) Entra mujer de edad indefinida con uniforme, delantal blanco y plumero en la mano. Inicia un gesto que se interrumpe al esbozarse. Secuencia de movimientos abortada: el instante justo para que entre un hombre, en pantuflas y bata blanca, y ocupe el sitio que le estaba reservado. Entra por la derecha.

Se asoma para registrar entrada, por la derecha, de Hombre en bata blanca y pantuflas que se recuesta, con indolencia, en el chaise-longue y empieza a hablar con naturalidad, como quien continúa una conversación ya iniciada. Podría estar hablando, o no, con la mujer del plumero.

Hombre: Fue entonces. Aquel año. Quiso hacer un viaje extravagante. Un viaje a Alemania en invierno. Habló de trineos solitarios, de Maguncia, de la terraza del castillo de Heidelberg. Escribía cartas.

Silencio. La escena se ha constituido. Hombre y mujer permanecen fijos, inanimados, mientras se escucha, desde arriba, el teclear de la máquina.

Mujer 1, complacida: Ahora sí ya estamos todos: los que miran por el ojo de la cerradura, ellos dos y yo. (Pausa.) Hablan. Los oigo. Eso es todo lo que hago. La escena se ha constituido. (Pausa. Cambia de tono.) Alguien se ha ido de viaje.

La luz se extingue, arriba y abajo, bruscamente. La imagen de un trasatlántico onírico penetra en escena. Se proyecta en una pantalla que se deslizara lentamente sobre rieles, hasta ocupar todo el escenario. Deberá propiciarse, en esa intimidad cómplice que suscita la proyección cinematográfica, la sensación de un acceso abierto, de improviso, a un ámbito latente en la escena pero que no se había hecho manifiesto. La voz es la misma pero más seductora: una voz que cada espectador reconocerá como La voz sumergida, escamoteada por la virulenta proliferación del olvido.

Mujer 1: Alguien hace un largo viaje por mar.

Se proyectan escenas de los veinte: parejas bailando charleston; Lindbergh y el príncipe de Gales; Ziegfeld Follies; Marlene Dietrich en El ángel azul; bares de la prohibición; portada de Vogue; carreras de autos en playas de Florida; Josephine Baker; Fred Astaire; fotografías de Cecil Beaton; Zeldá y Scott Fitzgerald; diseños de Erié; Henry Ford; vestuario de Ballets Russes; Rodolfo Valentino en El sheik; la portada de Adiós a las armas y el adiós de Chaplin a Panlette Goddard en la última escena de La fiebre del oro: las imágenes son sustituibles e intercambiables. Compases de charleston, en contrapunto con What Is This Thing Called Love? El vértigo sonoro acaba por confundir y desvanecer las imágenes. Silencio. Oscuridad absoluta en escena y sala.

Mujer 1: Un largo viaje. El barco se llama Mauretania. ¿Mauretania o Mauritania? Me acuerdo del desierto. Me acuerdo del Sahara. Sobre el mar empieza a dibujarse un espejismo. Sobre el mar ondulan las arenas del Sahara. Lo real es el mar. El espejismo es el desierto. Hace viento. Mucho viento. (La voz vuelve a insinuar, seductora, desplazando el ruido, igualmente vertiginoso, de música e imágenes. La voz induce otras imágenes: escenas de buracán en algún lugar del trópico, cabalgata en el desierto.) Algo tiende a confundirme. Es otooño y sopla un viento del Oeste. Pero hay beduinos. (Pausa.) En el Mauretania, en medio del mar, alguien afiora las arenas del desierto. Alguien dice la palabra Sahara. Hay ruinas: columnas, capiteles, escalones rotos entre la arena del desierto y el mar. (La proyección sigue, en la pantalla, las indicaciones de la voz.) Bajo un cielo intensamente azul, construcciones blancas. El desierto es un oasis en medio del mar. Sobre el mar crecen palmeras y desfilan beduinos y camellos. (Desaparece, por la derecha, cabalgata de beduinos.) Cualquier cosa puede pasar en un viaje. Pienso en un hombre que, al pensar en un viaje proyectado por una mujer, piensa que se trata de un viaje extravagante. El hombre mira un barco blanco, muy iluminado, desde una terraza entre palmeras. El hombre, recostado en un chaise-longue, espera a alguien que se ha ido de viaje. El hombre espera a una mujer.

Se hace la luz, violentamente, en el piso bajo. El hombre se prepara un cóctel.

Hombre: Ginebra, una media; Cointreau; un poco de limón: un White lady a su salud. (Brinda.) Por ella. A la salud de la viajera. (Bebe lentamente, tarareando What Is This Thing...?) Después de un año debo decir que tengo un poco de miedo. (Pausa.) No me importa decirlo. (Se dirige a la mujer que, esbozando la pretensión de limpiar tantos muebles inexistentes, no da señas de oírlo.) He dicho que tengo miedo. (La mira con cierta extrañeza.) Ahora puedo decir que tengo miedo sin sentir ninguna vergüenza. (Se

concentra en el vaso.) Habría asegurado que estabas ahí. (Pausa.) De cualquier manera, no me preocupa decir que tengo miedo.

Mujer 2, se meca. Lo mira con naturalidad: Necesitaré alguien que me ayude. Ya no podré con todo. (Pausa.) La limpieza. La cocina. Cuidarla. Tendremos que buscar a alguien. Buscaremos una cocinera. No me gusta la cocina. Una buena cocinera. (Recupera, abruptamente, la inmovilidad.)

Hombre, deja el vaso. Prende un cigarro: Un año. Aquí, en este *chaite-longue*, esperando el desayuno.

Pausa.

Mujer 2: Nada podía hacerme más feliz. Viene el fotógrafo. Yo de espaldas al espejo de la sala. Ella en mis brazos. Detrás se refleja el mar. (Se levanta, inquieta, acunando el plumero. Se sienta. Recupera la rigidez.) No hay que equivocarse en la cuenta. (Pausa.) Por fin habrá una niña en la casa. (Risueña.) Apenas si alcanza el tiempo. El gusto de la espera. La impaciencia. Tendremos una niña. (Reconociéndolo, obstinadamente.) Cuando el señor lo disponga serviré el desayuno. La cocinera no ha venido esta mañana. (Se levanta. Da una vuelta alrededor de la mecedora. Vuelve a sentarse. Se meca.)

Hombre: Tomaré el desayuno: café, pan tostado, mermelada. Huelen las fresas. Caliente. Acabada de hacerse.

Mujer 2: Caliente. Las fresas enteras. (Pausa.) Huelen las fresas. A una tarde que no quiere acabarse. (Meciéndose, se adormece.)

La luz se extingue abajo. Arriba aclara la penumbra.

Mujer 1, jugando con anteojos y dirigiéndose a los espectadores: Alguien se ha ido de viaje. Una mujer se ha ido de viaje: otra mujer y un hombre la esperan. Basta un instante para configurar el gesto: un gesto que segrega una desmesura declamatoria, una elocuencia incontinente, aunque transcurra en el más discreto silencio.

Se oscurece el piso alto a medida que abajo se acentúa una luz muy blanca y muy brillante.

Mujer 2: ¿Y si nevaba de repente?

Hombre: Un viaje extravagante. Un viaje a Alemania en invierno.

Abajo se extingue la luz sin transiciones; arriba se va iluminando lentamente.

Mujer 1, pesando las palabras, con parsimonia: Por un lado las voces: por otro, las miradas. Voz de hombre y voz de mujer que pretenden decir algo que todavía desconozco: escena que se constituye con dos voces y un enigma. (Pausa.) Dos voces, un enigma y miradas. (Explora, dubitativa, las miradas fantasmas, encarnadas en miradas reales de espectadores reales.) Al fondo, ventana abierta. (Pausa.) Pero algo pugna por desplazarla. (Escribe, se detiene, lee en voz alta.) Arco de medio punto y dentro del arco emplomado que despliega los pétalos de una flor azul, morada, solferino, amarilla, anaranjada. (Escribe, hace una pausa, lee en voz alta.) Ventana abierta que disfraza otra ventana. Hay que imaginar esa otra ventana. (Pausa.) Luz excesiva, cegadora, que disfraza otra luz llena de peces, húmeda, propicia a germinar, violentamente, flores amarillas. (Se levanta, da unos cuantos pasos, se acerca de nuevo a la máquina, hace correcciones con una pluma, girando el rodillo hasta sacar la hoja de papel. Lee en silencio. Luego se extiende en el diván, acomodando cojines y desplazando a la muñeca, divaga y

hace anotaciones en un cuadernillo que ha tomado de la mesa. Lee.) Interior de trópico. Interior de acuario. Luz de interior de trópico. Luz de interior de acuario. Todo dentro de otra luz: la de una escenografía que no es más que luz: la luz implacable de esos sitios que frecuentamos por las noches, mientras los demás creen que dormimos.

Abajo la luz ha ido cobrando intensidad, en la medida en que se ha ido desvaneciendo arriba.

Hombre, vuelve a llenar el vaso: Difícil seguirte. Tan joven y cada día rejuveneciendo. (Pausa.) Lo intento. De veras lo intento. Vamos caminando. Una calle de tiendas y de cafés. Las tiendas de un lado, los cafés de otro. Hay toldos que protegen las mesas. Hay mucha gente en los cafés. Demasiada gente siempre en los cafés. En esos cafés al aire libre de las ciudades calientes. Gente que mira. Que se la pasa mirando. (Pausa.) Ojos que te miran. Tantos. Cuerpos detrás de los ojos que te miran. Deseos. Tantos deseos. (Pausa.) Vestidos y joyas en los aparadores. Eso hay. Te lo compraré todo. Sabes que te lo compraría todo. (Bebe. Mira fijamente, sin ver nada.)

Mujer 2, rígida, con el plumero sobre las piernas, mirando fijamente hacia delante: Vienes y me dices: "Voy a traerlo para que lo conozcas. Me llevó a la playa. Voy a casarme con él". A mí antes que a nadie me lo dices. Desde la primera vez.

Hombre: Hay una tienda. No veo el nombre. Sólo un letrero demasiado grande que dice "Precios fijos. Objetos para regalos". Enfrente un puesto de flores. Dos mujeres venden flores, grandes ramos, en ese puesto, enfrente.

Pausa.

Mujer 2: No sabes cómo. Te sonrojas. También eso les gustará. Que te sonrojes. (Pausa.) Digo que no sabes y sí sabes. Desde la primera vez. Estoy al borde del agua, con un paraguas abierto. El paraguas es enorme. De pie, a la orilla del mar, con un gran paraguas abierto, negro, y un largo delantal blanco.

Pausa.

Hombre: Nos hemos detenido frente a la tienda. No hay ninguna razón.

Mujer 2: Por las mañanas, todas las mañanas, vamos al mar. Vamos temprano. Todo es azul. El cielo y el mar del mismo azul. No se distingue el horizonte. Del otro lado las montañas. También azules. Estoy parada, con botines blancos, en unas tablas que han puesto encima de la arena.

Hombre: No puedo recordar lo que exhibían los aparadores. Ninguno de los vestidos. Ninguna de las joyas. Me acuerdo muy bien del letrero que dice "Precios fijos". Me siento ridículo. Hago lo posible.

Mujer 2: "Debes tener cuidado: Cuidado de no mojar el vestido". Eso te digo. (Pausa. Mira al hombre.) Le he dicho que tenga cuidado de no mojar el vestido. Le he dicho que jugar con el mar es igual que jugar con fuego. Vamos todas las mañanas.

Hombre, la mira, pero no parece escucharla: Tomaré café, pan tostado y mermelada. Como cada mañana a esta hora. (Mira su reloj.)

Mujer 2: Hora de tomar el desayuno. Cuando el señor lo disponga, servirá el desayuno. Para eso estoy. Ese es mi oficio. La cocinera no ha venido esta mañana.

La mujer permanece inmóvil mientras el hombre se levanta para llenar el vaso. Se apaga la luz. Al iluminarse

arriba, Mujer del piso alto aparece de codos sobre la cama, asomada a la escena de abajo como quien mira la calle desde un balcón. Se levanta con naturalidad y vuelve a ocupar su sitio frente a la máquina. Se dirige al público.

Mujer 1: Interior de trópico que asfixia jardines dentro de una burbuja de cristal. Interior de trópico musgoso: interior de estanque. Dentro del estanque, el légamo de una vida que corrompe la transparencia del agua. (Pausa.) Pero domina el blanco: un blanco que devora los jardines y la luz turbia del estanque. (Pausa.) Domina el blanco. Se repite, una vez más, algo que ha ocurrido antes.

La luz se extingue arriba. Abajo la escena permanece a oscuras. Cada personaje quedará envuelto por un haz de luz que la confiere el aura de su propio espacio imaginario: cuando uno habla, la luz que envuelve al otro se extingue y el halo del que habla se va difundiendo hasta abarcar a una mujer inmóvil que, en la mesa del fondo, esbozará el gesto de servirte una taza de té: una mujer vestida de blanco, con sombrero de paja de Italia. De ella emanará una tensión capaz de erizar la escena más allá, o más acá, de lo que se dice. Sellada en su distancia, su ausencia convocada segrega una intimidad invasora, una presencia inalterable.

Pausa.

Mujer 2: Como jugar con fuego. (Pausa.) Porque siempre tiene sed. Una sed que no acaba de saciarse. Que deja secas las cosas. Hay que tener precaución. No dejar las persianas abiertas. Si vamos por las mañanas es para eso. Para que aprendas a no confiarte. Para que lo conozcas bien. Nada más para eso vamos. (Pausa.) Te levanto y te digo: "Mira. Mira bien. Todavía no amanece y ya están ahí los pájaros. Salen de su escondite. Andan cazando peces en la orilla. Es la noche que se disfraza de pájaro. Es la noche". (Pausa.) De la noche también hay que cuidarse. Oye esto que te digo: "Sólo la noche tiene más poder que el mar. Sólo ella se atreve a robarle sus peces. El mar se lo traga todo y la noche se traga al mar". (Tiembra un poco. Mira, desconcertada, a su alrededor.) Hace frío y llovisna. Es demasiado temprano. Todavía no amanece.

Pausa.

Hombre: Es mediodía. La calle, tiendas de un lado, cafés de otro, es muy larga. No veo dónde acaba. Una calle interminable. (Pausa.) Siempre la misma calle, interminable. Hablamos de todo. No hablamos de nada. La caminamos juntos, sin hablar de nada. Es medio día. (Pausa.) Podría comprártelo todo. Pero la calle no se acaba. Las cosas no duran, te digo. Entonces dices algo que me hace reír. Me hace reír sin motivo. Las cosas son inocentes, dices. (Pausa.) Quiero tocarte. Pongo mi brazo alrededor de tus hombros. Te abrazo.

Pausa.

Mujer 2: Tanto trabajo que te cuesta. Siempre. Cada mañana. Como si fueras a quedarte en carne viva. (Pausa.) La noche abrazada a ti, celosa del mar. No dejando que te despiertes. (Pausa.) Y nadie para recibirte. Para traerte al mundo. Ya no yo. Nunca más yo. Sólo él. El hombre que es tu marido.

Pausa.

Hombre: Mi vergüenza. Tu avidez. He dicho avidez. (Pausa.) El ruido de las cosas. El ruido de los demás. Tantos intrusos. Robándome lo que es mío. Robándote. Al principio casi me divierte. Me divierte que lo quieras todo: tantas

cosas, tanta gente. La casa todavía vacía. Disponible. Te dejo hacer. Nuestra primera casa. Tan lejos del mar, dices. Y yo te explico. Es mejor, te digo. Por el herrumbre. Por el salitre. Las cosas no duran, te digo. (Pausa.) Todo vacío. Y tú con esa prisa por llenarlo. Te asomas a la ventana. No te gusta lo que ves afuera. Tan lejos del mar, dices. Me acerco a ti. El vestido, al trasluz, se transparenta. No hay ni un solo mueble. Todo está vacío. Vamos a inaugurar la casa, te digo. (Pausa.) Voy abriendo, uno por uno, los botones. No lo impides. No te mueves. Dejo que mis manos te toquen. Eres mi mujer. Estás frente a la ventana y yo, que me he casado contigo, quiero tomarte, quiero tocarte, quiero borrar con mis manos todas las miradas que no son mías. La espalda tibia. Mis manos. Se trata de tomar posesión, te digo. De tomar posesión de la casa.

Mujer 2, mecidiéndose: A veces no estoy tan segura. (Pausa.) A veces me confundo. (Pausa.) Como si hubiera pasado muchos años. (Pausa.) Serviré el desayuno. (Pausa.) Deja de mecerte. No tardará. De mí depende. (Pausa.) No sé. Se me olvida. Se me olvida qué es lo que depende de mí. (Vuelve a mecerte.) Zapatos blancos. Vestido blanco. La arena dentro de las medias. Quitáretelas. Volver a ponéretelas. Hace viento esta mañana. Es el viento el que levanta la arena. Quietecita. Para que pueda sacudírtela. Toda esa arena. (Pausa.) Café. Pan tostado. Mermelada. Caliente. Recién hecha. Huelen las fresas.

Hombre, habla desde la oscuridad, repitiendo una lección: La cocinera no ha venido esta mañana. (Pausa.) Cualquiera diría que no pasa el tiempo.

El haz de luz cibe ahora al hombre y a la mujer de edad indefinida.

Mujer 2: Hay naranjas. Naranjas que ruedan por el suelo. Entro y salgo, corriendo siempre. No dejo de reirme. Pero no soy yo. Son ellas. No dejan de reirse en la cocina. Sacan porcelana. Pulen cubiertos. Y de repente todo se ha metido en un repliegue. Corro, corro detrás de las naranjas. No dejas de mirarme.

Hombre: No dejo de mirarte. Que por qué te miro tanto. Te quejas como si no te gustara. Me traigo a casa el trabajo, por las tardes. Hace tiempo que no bordas, te digo. A mis pañuelos les faltan iniciales. Estras distraída. No haces caso. Parece que tiembles. No se si estás enferma. Te pregunto. Me dices: "no me mires tanto, parece que me espías, ya deja de mirarme".

Mujer 2: Una perra en casa de mi madre. (Pausa.) Olla el huracán. Lo oía de lejos, cuando nadie... (Pausa.) Y se ponía a temblar. Temblaba tanto... (Pausa.) En el suelo la canasta de naranjas. La perra que da vueltas, va y viene, tira por el suelo las naranjas. (Pausa.) Se esconde. Se esconde debajo de la mesa. Tiembra toda. (Pausa.) La lengua le cuelga. Jadea. Y si uno la toca la siente húmeda. Suda. Suda el miedo. (Pausa.) Huele el huracán. Lo huele de lejos.

Hombre: Y sin embargo.

Mujer 2: No corre. No se ríe. Huele el riesgo. (Pausa.) En cualquier parte, el riesgo. Salgo a cortar flores al jardín. Hace sol. Es un día cálido. Tiemblo. (Pausa.) Yo estoy en la cocina. Es ella la que entra y sale corriendo. Las naranjas ruedan por el suelo. Es ella. (Pausa.) La memoria me falla. Por eso me confundo. Ya no entras ni sales. Ya no corres. No hay naranjas que ruedan por el suelo. No te ríes. Y la cocina está vacía. No hay cubiertos que brillen. Tengo



miedo. No. Yo la miro y me acuerdo de la perra. Es ella la que tiene miedo.

Hombre: Y sin embargo.

Mujer 2, lo mira, buscando apoyo: Yo huelo el huracán. Yo sudo el miedo. No hay nada en el jardín. Sólo las hortensias. No sé por qué es el miedo.

Hombre, fatigado, sin darle importancia: No sabes lo que dices, nana. No te acuerdas. Todo se te olvida. Se te olvida que representas un papel. No te lo sabes. Eso es todo. *(Se queda absorto, mirando detenidamente el líquido que todavía contiene el vaso.)* No soy exigente. Me puedo pasar

sin los pañuelos. *(Se adormece. Afloja el vaso, que se derrama y acaba por resbalar al suelo. La luz se contrae poco a poco hasta rodear, estrechamente, a Mujer de edad indefinida.)*

Pausa.

Mujer 2: Y me dejo caer. No en la yerba. En un montón de vidrios rotos. *(Pausa.)* Y es eso que me aprieta la garganta. *(Pausa.)* Una risa que se amarra en la garganta. *(Pausa.)* Es él, que dice "Me gustas". *(Pausa. La voz se anima, rejuvenecida.)* Son sus dedos, en mi cuello, jugando con el cierre del collar. *(Pausa.)* Ya es demasiado tarde, dice, como



si dijera: "La suerte está echada". (*Susurrante.*) Me besa en la boca. Me dice, muy suavemente, gracias. (*Pausa.*) Todo será perfecto. Yo lo sé. Estoy enamorada. (*Cierra los ojos. Se meca. Sonríe embalsada. Cuando vuelve a abrir los ojos, el gesto y el tono de voz, sin transición, han cambiado.*) Un caracol. Lo levantamos en la arena. Está vacía. Te lo acerco al oído: ¿Oyes ese ruidito?, te digo. Oyelo bien. Es el mar que nos cuenta sus secretos. Tengo un secreto, me dices, te lo voy a contar. (*Pausa.*) En el cuarto de los muebles de mimbre, junto al baño, con la sábana abierta, para que no sientas frío. Tiembles. Te escapas. Te persigo. Te metes al canasto. Para dejarte atrapar. Primero el pelo, luego la espalda, luego los brazos. Te dejas secar. Ya no te escapas. Y todo me lo cuentas. A esa hora. Cuando sales del baño chorreando agua, como un pajarito mojado. Vienes y me lo cuentas todo. No tienes secretos para nana. (*Pausa.*) Tan cerca del mar, la casa. Saldremos temprano a recoger caracoles. (*Pausa.*) Grandes, llenos de arena. Rumores, sólo rumores. No hagas caso. Arená. Envidias, envidias de la gente. (*Pausa.*) Y te lo digo pero no me oyes. No quieres oír. Te diviertes. Cuando yo me muera, digo, no habrá quien te ahuyente las auras tífosas. ¿Qué harás cuando no esté la nana? Te lo digo, pero no me oyes. (*Pausa.*) Podría ser tu padre. Y esa manera de reírte que no te conozco. Que no te conocía. Que me asusta. Todavía no es tiempo, te digo. La vida... Tú no sabes. ¿Qué sabes tú? No ha pasado nada, por suerte. Guardaremos el secreto.

La luz, brillante, se restablece abajo. El hombre, saliendo de su adormecimiento mira, desconcertado, a su alrededor y descubre a la mujer. La habla.

Hombre: Y yo aquí, en este mismo sitio ¿te acuerdas? esperando el desayuno. Hace un año. Apenas.

Mujer 2, *levantándose con decisión, sólo para dar una vuelta alrededor de la mecedora y volver a sentarse, rígida:* Hora de servir el desayuno. Iré a la cocina. La cocinera no ha venido esta mañana.

Hombre: Café. Pan tostado. Mermelada caliente. Las fresas enteras. La cocinera no ha venido esta mañana.

Se hace un silencio breve, interferido bruscamente por los primeros compases de What Is This Thing...?, cada vez más destemplados y estridentes. Se queda a oscuras la escena y la música se extingue, también bruscamente. La voz de Mujer del piso alto se escucha en off, mientras penetra en escena la imagen del trasatlántico onírico.

Hombre: Alguien se ha ido de viaje. (*Pausa.*) Alguien hace un largo viaje por mar. (*Con la melodía de Cole Porter alternan compases de charleston, mientras se proyectan escenas de los veinte.*) Un trasatlántico llamado Mauretania recorre los mares. Los pasajeros bailan charleston entre palmeras del desierto. Sobre el mar empieza a dibujarse un espejismo. Sobre el mar ondulan arenas del Sahara. El desierto es un espejismo que flota sobre el mar. (*El desierto, la Efigia, cabalgatas.*) En el Mauretania, en medio del mar, alguien afora las arenas del desierto. Alguien dice la palabra Sahara y crecen ruinas: columnas, capiteles, escalones rotos entre la arena del desierto y el mar. (*Pausa.*) Bajo un cielo intensamente azul construcciones blancas. El desierto es un oasis en medio del mar. Sobre el mar crecen palmeras y desfilan beduinos y camellos.

La pantalla desaparece otra vez, con los beduinos, por la derecha. Se escucha, en la oscuridad, la voz de Mujer del piso

alto, que sigue hablando sin parar. La sala debe estar sumergida en la misma oscuridad que la escena, sin distinción alguna entre ambas.

Mujer 1: Cualquier cosa puede pasar en un viaje. Un viaje es siempre extraordinario. También puede ser extravagante, si se trata de un viaje a Alemania, en invierno. (*Pausa.*) Imaginemos un escenario que pusiera en escena el juego ambiguo, engañoso, de la memoria. En la cubierta del Mauretania, la memoria de una mujer que evoca las arenas del desierto propicia espejismos. En un interior de trópico, ahogado en luz, un hombre en bata blanca, recostado en un *chaise longue*, y una mujer de edad indefinida, con un plumero, repiten algo que ha ocurrido antes, es decir, procuran olvidar. Esperan a la misma mujer. No sé si esperan lo mismo. No sé si se trata de un aniversario. Puede ser. En los aniversarios se repite algo que ya ha ocurrido antes.

La melodía de What Is This Thing...? irrumpe violentamente. Ocupa, como una borda invasora, el territorio del silencio. Luego se va alejando poco a poco, hasta desvanecerse dejando otro silencio más desolado. La luz muy brillante, que ha brotado de la melodía, permanece.

Silencio.

Hombre: Un viaje más. Un viaje como cualquier otro. No hay por qué preocuparse. (*Pausa.*) Yo represento el papel de un marido enamorado de su mujer. Eso es todo.

Silencio.

Mujer 2: No hay por qué preocuparse. Un viaje como cualquier otro. Un viaje más. (*Pausa.*) Yo represento el papel de una mujer que no tiene vida propia. Eso es todo.

Hombre, *repite el gesto de llenar el vaso, aunque las botellas están vacías:* Yo estaría aquí sentado, esperando el desayuno. Repetimos la escena.

Mujer 2: Yo digo que es hora de servir el desayuno. Digo que la cocinera no ha venido esta mañana. (*Se levanta. Da una vuelta alrededor de la mecedora. Vuelve a sentarse.*) Repetimos la escena.

Hombre y Mujer 2, *de pie, rígidos, hablando al mismo tiempo, primero como si rezaran, luego como si declamaran:* Repetimos la escena. Repetimos. (*Pausa.*) Repetimos. Repetimos la escena. (*Vuelven a ocupar sus lugares.*)

Silencio notorio.

Hombre: Hay que decir algo para romper el silencio. De eso se trata. (*Pausa.*) Yo podría decirlo.

Mujer 2: Alguien tiene que decir la primera palabra. Lo demás se cae por su peso. (*Silencio notorio.*) Yo hablo de la nieve.

Hombre: Yo hablo de un viaje extravagante. (*Pausa.*) Alguien piensa por mí. Alguien me obliga a pensar espejos. Yo odio los espejos.

Mujer 2, *con tono monótono, de cantinela:* Espejos. El odia los espejos.

Hombre, *en tono declamatorio:* La casa entera, un día, llena de espejos. Sin querer yo. Sin darme cuenta. Espejos propiciatorios. Talismanes.

Mujer 2, *tono de cantinela:* Talismanes. Espejos.

Hombre: Espejos húmedos. Viveros. Bosques vertiginosos de abedules. (*Tono declamatorio.*)

Mujer 2, *lo mismo:* Abedules. Bosques. Espejos.

Hombre, *lo mismo:* Azugados. Lisos. Espejos. Abedules.

Mujer 2, *al mismo tiempo, uno en tono declamatorio, la otra como sonsonete:* No deja de mirarse.

Hombre, abandonando el tono declamatorio habla con ternura: Horas enteras. Se viste y se desviste.

Pausa.

Mujer 2, abandona el sonsonete. Habla con ternura: Horas enteras.

Hombre, resignado: Horas enteras aquí esperando.

Mujer 2, satisfecha: Esperando aquí horas enteras.

Hombre, inexpresivo: Yo hablo de un viaje extravagante.

Mujer 2, inexpresiva: Yo hablo de la nieve.

El diálogo irá adquiriendo un ritmo apresurado, apremiante, vertiginoso.

Hombre: El tiempo apremia. Sonará el timbre. Llegará el telegrama.

Mujer 2: Llegará el telegrama. Sonará el timbre. El tiempo apremia.

Hombre: Nos hemos aprendido un papel. Lo recitamos.

Mujer 2: Lo recitamos. Un papel que nos hemos aprendido.

Hombre: Estas palabras. Otras palabras. Da lo mismo.

Mujer 2: Da lo mismo. Otras palabras. Estas.

Hombre: Yo bebo como si fuera a emborracharme.

Mujer 2: Yo hablo como si fuera a enloquecer.

Hombre: Hay un barco.

Mujer 2: Un barco.

Hombre: Las arenas del desierto.

Mujer 2: El desierto. La arena.

Hombre: No soy un hombre que espera. Soy un hombre que representa el papel de un hombre que espera. (Pausa.) Y sin embargo.

Mujer 2: No soy una mujer que espera. Soy una mujer que representa el papel de una mujer que espera. (Pausa.) Y sin embargo.

Se ponen de pie. Hablan al mismo tiempo.

Mujer 2: No nos acordamos de nada. Esa es la verdad. Todo lo inventamos. Jugamos a recordar para mejor olvidar. Celebramos un aniversario. Cultivamos un jardín de invierno.

El hombre se recuesta en el chaise-longue. La mujer permanece de pie. La luz que llenaba la escena se concentra en ella y la seguirá en todos sus movimientos. Pausa.

Mujer 2: Vestida de blanco, con sombrero de paja de Italia. (Pausa.) Esperando la nieve. (Pausa.) Lo he dicho antes. (Pausa.) Creo que eso ya lo he dicho antes. (Camina con cuidado, levantando el vuelo de la falda.) Debo tener cuidado. Hasta aquí llegan las olas. Se mojará el vestido. (Se desiene. Se protege del sol con la mano derecha sobre los ojos mientras sigue sosteniendo la falda con la izquierda.) Los pájaros se han ido. Sólo quedan osamentas de peces, descartadas, en la arena.

Se va acercando lentamente a Mujer del sombrero de paja de Italia, hasta que el halo de luz que la envuelve las abarca a ambas. Se sienta en el suelo, cerca de ella, alisando muy bien la falda a su alrededor. A veces la habla. Otras, otea el horizonte como si pretendiera no perder de vista un barco a punto de pasar del otro lado.

Mujer 2: Anoche tuve un sueño. (Pausa.) A veces no me acuerdo de nada. (Pausa.) Un sueño terrible. (Pausa.) ¿No oyes la música? Ya empiezan a bailar en el casino. (Pausa.) Me quedará hasta que amanezca. Hace tiempo que no veo un amanecer en el mar. (Pausa larga. Se sacude la arena de la

falda.) Tendré que aprenderme bien el papel. Tendré que vigilar la mermelada. (Pausa.) No ha nevado, dicen, hace mucho tiempo (Pausa, inquieta.) Quizá no ha nevado nunca. El tiempo me abandona. A veces no me acuerdo de nada. (Pausa. Se reanima.) Me sé, de memoria, cómo vuelan las gaviotas. Me distraigo mirando los barcos. (Larga pausa.) Las horas enteras, distraída. (Pausa.) Déjame que te seque los pies. (Esboza el gesto. La mujer deja descansar el pie entre sus manos. Se deja acariciar.) No vayas a ponerte los zapatos. Te lastimará la arena. Tanta arena. (Sin transición.) Anoche he tenido un sueño terrible. Llegábamos a una gran casa de campo... (Otra vez sin transición: ahora el rostro se ilumina, rejuvenece.) Dicen que el año pasado no había nada. Nada más que los pinos. Este invierno, en cambio, han venido todos a estrenar el hotel. (Pausa. Se acuchilla, a lo lejos, una orquesta de charleston. Señala vagamente hacia la música.) Ya empiezan a bailar en el casino. Me gusta el paisaje. Me gusta el mar. Es un mar distinto. Han abierto las sombrillas en la terraza. Y mira allá enfrente. (Señala) Te apuesto a que nunca habías visto, en tu vida, tantas casas rosadas. (Las dos mujeres hacen el mismo gesto: se tapan el sol para evitar que las deslumbró y ver mejor de lejos.) Me pasearé entre las mesas. Como si buscara a alguien. Dejaré que me vean. (Insinuante, festiva. La otra la toma la mano, juega a separarle los dedos como si fueran pequeños muñecos, le da un beso infantil, ruidoso, en la palma abierta y luego se hace acariciar todo el rostro, con suavidad, por esa mano.) Te contaré un secreto. Me ha pedido que me case con él. (Tararea What Is This Thing...? mientras sostiene con las dos manos, mirándola embelesada, el rostro de Mujer 3. Sin transiciones, la alegría la abandona y se pone tensa, ahuyentando con aspavientos una imagen intrusa.) No quiero. (Pausa.) Había un árbol sin hojas, todo nevado, frente a la casa. No sé por qué. No sé. Pero era un mal presagio. Lo soñé. Un mal presagio. (Distraída, sonríe embelesada.) Al borde del agua, con un enorme paraguas abierto y un largo delantal blanco. Pero no llueve. No lloverá hoy. Un día precioso. No hace falta paraguas. Te aseguro que no llueve. Podremos dar un paseo. Un día precioso en la playa. Nunca había visto tantas casas rosadas. (Pausa. Se levantan. Caminan de la mano por la playa, alternándose una y otra en la actitud protectora de una madre con su hija pequeña. Van y vienen. Recogen caracoles. Saludan a otros paseantes. De repente se desientan. Posan para una fotografía al estilo de los veinte, semiarrodilladas, abrazando rosas.) Tantas rosas. Rosas que se cuelan por todas partes. El año pasado no había más que pinos. La playa solitaria: los pinos. Pasaban barcos. (Plácida, como si no la asaltaran imágenes sombrías, se aleja un poco. Mujer 3 ha vuelto a sentarse y resume el gesto de antes, inmóvil.) El paraguas lo lleva una anciana. Camina. Camina sin dejar ninguna huella sobre la nieve. Hay una casa pintada de rosa con las ventanas cerradas. Hacia allí camina. Un sueño. Un sueño terrible. (Se va arrastrando hacia la mesa. La otra, al verla acercarse, inicia un gesto magnánimo, como para obligarla a incorporarse.) Lindas casas. Casas color de rosa. Casa color de rosa frente a la playa. (Se echa a sus pies como una perra amorosa. El gesto de Mujer 3 se ha congelado. La luz que las aisla se desliza hacia Hombre en el chaise-longue.)

Hombre: Yo sí me acuerdo. Me acuerdo de todo. Entro sin

hacer ruido. Me acerco sin hacer ruido. Te sorprende. (Pausa.) No. No es verdad. No me atrevo. No me acerco. No sé cómo acercarme. Me conformo con mirar. Estás sola. Te miras en el espejo. (Pausa: empieza a incorporarse.) No estás sola. Me equivoco. Hay alguien más, otra, esa que camina hacia ti desde adentro del espejo. (Se levanta con dificultad, arrastrando lastres mientras se aproxima a ella, llevándose el índice a la boca, sugiriendo silencio.) No hay que despertar a los sonámbulos. (Se mueve, él mismo, con la morosa pero infalible decisión de un sonámbulo.) Caminas. No me has visto. No sabes que te miro. Que la miro. (Se detiene frente a un espejo que habría estado ahí, al que se aferra con ambas manos para asegurarse algún equilibrio.) Los labios. Me gustaría pedirte. Preguntarte. Me gustaría tanto tocarte los labios. (Se acaricia los labios, voluptuosamente, como una mujer que se mirara en el espejo en un momento de deseo.) Los labios, un poco abiertos. Los dientes tan blancos. (Pausa.) Siempre entreabiertos. Siempre a punto. (Se acerca cada vez más a la mesa, sosteniendo aquel espejo cuidadosamente, hasta depositarlo en el suelo, donde él mismo se sienta, en posición de loto.) Miedo de que se rompiera. El espejo, por supuesto. Por eso no me atrevía. No me acercaba. Ha pasado el tiempo, si mal no recuerdo. (Pretende reconocer el sitio.) Estatuas. Estatuas de mármol. Pero todo está vacío. (Larga pausa.) Sus ojos a veces. Fijos. Los ojos tuyos. Los ojos de ella. Mirándome. (La luz se abre en abanico, abarcando a las dos mujeres inmóviles.) Una boca que te besa en el espejo. No la mía. La de ella. Una boca que es tu boca te besa en el espejo.

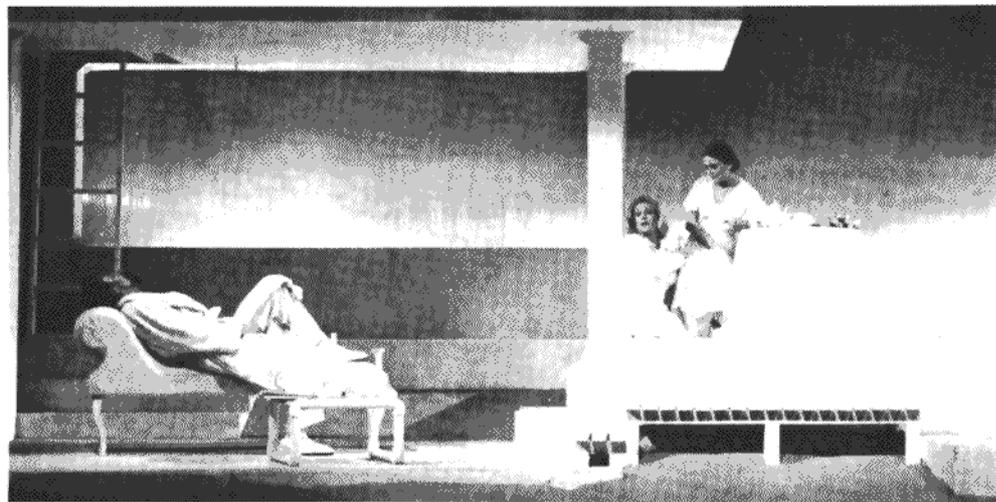
Pausa.

Mujer 2, que se ha incorporado y, en posición de loto, mueve rítmicamente el plumero con la mano derecha: Espejos. Es cierto. Toda la casa llena de espejos. Cubiertos de nieve los espejos. Yo los limpio. Para eso estoy. No faltaba más. Yo limpio los espejos. (Sacude, como movida

por un mecanismo de cuerda, uno, dos, tres espejos nevados.) Nieva. Adentro nieva. (Mira al hombre con curiosidad, intentando reconocerlo.) Ráfagas. Eso es. Ráfagas que van y vienen con ella. Ráfagas que arrastran pájaros. Pájaros que son mirlos. Ráfagas azules de repente. (Pausa. Hace como que las aparta.) Neblinas. Neblinas de vaho. (Baja la voz, como para compartir un secreto.) Nieva; nieva en los espejos. (Se le ha agotado la cuerda. Se relaja. Pretende tranquilizarlo.) Son cosas que pasan. Cosas de todos los días. Para eso me han contratado. (Nuevamente con aire de complicidad.) Mi oficio es sacudir la nieve. (Pausa.) Yo soy la mujer que sacude la nieve. Eso soy. Es mi oficio. Un oficio. Un oficio como cualquier otro. (Mira distraída a su alrededor y de cuando en cuando otea el horizonte, sin dejar de tararear What Is This Thing...?) Anoche tuve un sueño.

Hombre, recoge la melodía donde ella la deja. Pausa: Yo no sueño. Nunca sueño. (Se repliega.)

Mujer 2: Camino. Camino por la playa. (Se ríe traviesa, incrédula, mientras Mujer 3 se ha levantado y se pasea entre los dos con estudiada lejanía. Se detiene un poco al margen y se queda mirándolos.) Un árabe, a media playa, despliega una tienda del desierto. (Hace girar el plumero como una sombrilla. Mujer 3 juega con sombrilla imaginada y se mimetiza a los gestos de Mujer 2.) La playa está llena, este verano, de sombrillas chinas. La mía es anaranjada. (De un salto muy ágil se pone de pie. De otro salto se sienta sobre la mesa.) Me da vértigo la altura. (La confianza va dirigida a él.) Pero me gusta trepar los arrecifes. Me siento con cuidado. (Se alisa la falda.) No debo resbalar. (Se afianza.) Ni dejar que se moje el vestido. (Lo acomoda con cuidado, protegiéndose del sol con la mano derecha. La otra no deja de imitarla.) Hay veleros. Hay sombrillas en la arena. Mujeres con sombrillas chinas. Y en la arena otras sombrillas. De tela rayada. Con faldones. Sombrillas que parecen tiendas del desierto. Y crecen rosas. Han sembrado rosas en la



arena. El aire y el mar son amarillos. *(Silencio muy evidente.)* ¿Oyes la música *(Es difícil saber a cuál de los dos va dirigida la pregunta.)* Ya empiezan a bailar. Es la orquesta del casino. *(Cierra un poco los ojos llevando el ritmo, con graciosos movimientos de cabeza, de una melodía que sólo ellas dos escuchan.)* Acabamos de casarnos. Tenemos todo el tiempo por delante. Me gustan los inviernos en la playa. Volvemos en invierno. Toda la playa será nuestra. Volvemos este invierno. *(Inclina la cabeza, como para adormecerse, sobre su propio hombro derecho, pero no cierra los ojos.)* Mujer 3 *reclina su cabeza, como para adormecerse, en el hombro izquierdo de ella.)*

Pausa.

Hombre, cuando habla, lo hace sin mirar específicamente a ninguna de las dos: Así fue. Así te conocí. *(Pausa.)* ¿Nunca te lo he dicho? *(Pausa.)* Nunca le he dicho que la quiero. Es difícil. Decir "te amo" es como decir "tengo miedo". *(Pausa.)* Te hablo. Una broma. Nada más una broma, por teléfono. Me han dado tu número. Pasaré por enfrente, te digo. Abrirás las persianas. No saldrás al balcón. Sé mucho de ti. Tanto me han dicho. Quiero conocerte. Tomaremos helados. Por la tarde. En un sitio caro, con sombrillas, frente al mar. Llegas antes. Eliges tú el lugar. Una mesa dentro, cerca de la ventana. Vestida de blanco. Tú. También la mesa. *(Se ríe.)* No sé por qué el sombrero. No me deja ver los ojos, casi. *(Mujer 3 se va enderezando poco a poco, tomando distancia de la otra que permanece en la misma posición, sin moverse y con los ojos abiertos.)* "Yo creo que sí", eso me dices sin que te pregunte nada. Te tomo la mano. Tú apenas, pero te dejas hacer. *(Ella abandona su mano izquierda entre las dos de él.)* "Podrías hacerlo mejor", eso te digo. "No es imprescindible", eso es lo que tú dices. *(Lamentándose, con tono melancólico, nostálgico.)* Todo pudo ser distinto. *(Mirando a los espectadores, como intentando justificarse.)* Es verdad que no teníamos los mismos recuerdos.

Se va consumiendo, lentamente, el islote de luz que envuelve a las tres figuras. Hombre y Mujer 2 vuelven a sus sitios de prisa, como niños que no quieren ser sorprendidos en una travesura. Luz brillante sobre mecedora y chaise-longue mientras la mesa al fondo se va quedando a oscuras.

Mujer 2, *meaciéndose:* Necesito acordarme. Saber por qué el sueño era terrible. Eran pocas las palabras. Tendría que acordarme. *(Pausa.)* Siempre cansada. Sin ganas de nada. *(Pausa.)* Pendiente del timbre, eso es. No estoy aquí para otra cosa. Mi oficio es velar. Estar pendiente. Ese es ahora mi oficio. *(Con tono de lección aprendida para repetirse de memoria.)* La verdadera acción empieza entonces, cuando suena el timbre y el señor dice: "Han tocado el timbre, nana. De prisa. Ya es hora. Ya tendría que haber llegado".

Pausa.

Hombre: Podrías hacerlo mejor, le digo. Lo demás está borroso.

Mujer 2, como antes: Abriré la puerta. Leeré en voz alta el telegrama.

Pausa.

Hombre: Salimos del café. Caminamos por la playa. Hay fiesta en el casino.

Mujer 2: Nada más que decir. Todo claro. Todo en orden.

Pausa.

Hombre: Bailamos afuera. Bailamos en la arena. Podrías

bailar sin parar, me dices. Viajar sin parar. Bailar. Te has quitado los zapatos. También yo.

Mujer 2: Todo a punto. Podemos empezar. Empezar otra vez por el principio. Primera. Segunda. Tercera llamada.

Pausa.

Hombre: Tus pies fríos. Mis pies tibios. En la arena. Pasa un barco.

Mujer 2: Voz que dirá, entre bastidores: "Tercera llamada. Tercera. Empezamos".

Pausa.

Hombre: Empieza a anochecer. Tiembles un poco. Tienes frío.

Mujer 2: Yo hablaré, un poco ausente, de la nieve.

F. usa.

Hombre: Me quito el saco. Déjame que te tape, te digo.

Mujer 2: Un juego. Ni más ni menos. Una farsa.

Pausa.

Hombre: Tu cuerpo en la arena.

Mujer 2: Lo que pasa, pasa siempre en otra parte.

Pausa.

Hombre: Tu cuerpo húmedo en la arena.

Pausa.

Mujer 2: Todo habría sido distinto. Yo recordaría el sueño. *(Pausa.)* Una playa pero no la misma. *(Pausa.)* La casa de campo en la playa. Gris la casa, no color de rosa. El mar sin color. La playa solitaria. Alguien habría cerrado, por dentro, la puerta de la casa. No yo. Yo estaría afuera. *(Pausa.)* Una casa, de otro paisaje, frente al mar. No habría casino. Ni parejas bailando. Ni música. Nadie en ninguna parte. Temblaría. Tendría frío. Sería invierno en esa playa. *(Pausa.)* Anoche lo habría soñado. La playa, vacía, no estaría vacía. *(Pausa.)* Algo terrible adentro. En esa casa. *(Pausa.)* Afuera, dos monjas caminando. Tocas negras. Pájaros. Pasan a mi lado sin mirarme. Cordones blancos, llenos de nudos. Surcos en la arena. *(Los borra con el dorso de la mano. Sonríe.)* Todo en orden. La playa, la misma. La casa, rosada. Nada terrible ha sucedido. Todo tranquilo. La casa cerrada. Yo adentro. *(Pausa.)* Un hermoso sueño: nieva en la playa. *(Se repliega.)*

Hombre, se despereza como un gato que ha dormido demasiado: Saldré a pasear un día de estos. Caminaré. Pasearé por la playa. Habrá gente. Amigos, conocidos. Nos diremos qué tal. Qué tal. Hasta luego. Está por empezar la temporada. Todos al mar. Todos han venido. La casa estará pronto terminada. Cerca del mar, como querías. Aquí serás feliz. Te bastará con asomarte, una que otra vez, a la ventana. No tendrás que salir. No te hará falta. Querrás saber, a veces, si habrá baile en el casino. Te diré que sí. Que un día de estos iremos a bailar. Serás feliz. Seremos muy felices. *(Tararea What Is This Thing...?)* Una casa frente al mar. Regalo de aniversario. Mi regalo. *(Pausa.)* No te lo esperas. Te dará la sorpresa. Desde la ventana la veremos. Veremos pasar el Mauretania.

La luz se extingue. En la penumbra, el hombre se acerca a la mesa, se inclina sobre la mujer, la besa, la acaricia, la obliga a incorporarse y a bailar con él al compás de una melodía que no se escucha. Bailan, en silencio, envueltos en un haz de luz que excluye lo demás. Se detienen. El la besa y empieza a desnudarla. Se extingue el haz de luz. Cuando se ilumina de nuevo la escena, Mujer 3 ha vuelto a ocupar su sitio, Hombre está en la mecedora y Mujer 2 en el chaise-

longue.

Hombre: Café. Pan tostado. Mermelada. Hora de tomar el desayuno. Todo en orden, en la secuencia adecuada. Primero el desayuno. Luego el timbre. Todo dispuesto para momento culminante.

Mujer 2: La cocinera no ha venido esta mañana. El señor ha ordenado lo de siempre: café; pan tostado; mermelada. Serviré el desayuno. Todo en orden: el señor es el señor; yo soy la nana. Volveremos a ocupar nuestros lugares. *(Se levantan. Intercambian lugares sin mirarse.)*

Pausa.

Hombre: Todo habría podido ser distinto. Yo habría salido a pasear un rato por la playa.

Pausa.

Mujer 2: Todo pudo ser distinto. *(Lo mira, a la vez, con sorna y compasión.)* Ahora no hay nada que hacer. *(Se mece.)* Repetimos. Esperamos.

Hombre: Tengo miedo. Alguien piensa en mí. Como en un sueño. No me gustan los sueños.

Mujer 2: Viene. Me cuenta sus secretos. No tengo yo la culpa. Siempre ha sido así. *(Se mece.)* Nos sueña. Pero si el señor lo ordena le diré que deje de soñar. Que debo levantarme. Ir a la cocina. Servir el desayuno. Recibir el telegrama.

Hombre: Podrías decir: me niego a recibir el telegrama. Podrías decir: me niego a formar parte de esta escena. Tú lo querías. Eso querías: salirte a tiempo de la escena.

Mujer 2: Está escrito. Tendré que levantarme. No queda más remedio: uno representa su papel. Eso es lo que uno hace. El señor lo dijo. Es extraño que ahora diga lo contrario. Las cosas son como son. No puedo salirme. *(Meciéndose.)* Si pudiera salirme, la escena sería otra, no sería ésta la escena.

Hombre, *intenta, inútilmente, llenar el vaso:* Lo que ocurre es siempre lo mejor. Por algo está escrito. Es mejor, después de todo, que llegue el telegrama. Sabremos la verdad. Toda la verdad. Los telegramas nunca mienten. *(Pausa.)* Mañana será otro día.

Mujer 2: Como hoy. Otro día para volver a empezar. Primera. Segunda. Tercera llamada. *(Meciéndose.)* Entramos en escena. Empezamos a olvidar.

Hombre: Recordamos.

Mujer 2: Que preferimos olvidar.

Hombre: Para eso son buenos los aniversarios.

Mujer 2: Cualquier día es bueno.

Hombre: Todos los días son iguales.

Mujer 2: Cada día un aniversario. De algo. De alguien.

Hombre: Un día como hoy alguien sale de viaje.

Mujer 2: Otro día como hoy, un año después, se celebrará el aniversario.

Hombre: Un día como hoy, en una playa, un paseante solitario encuentra un cuerpo. Con agua en los pulmones. Con arena. Encuentra el cuerpo.

Mujer 2: De una desconocida.

Hombre: No desnudo. Cubierto.

Mujer 2: Con un vestido de seda.

Hombre: Todos los días sucede. En esta playa o en otra. Todos los días.

Mujer 2: Es la historia de todos los días. Cuerpos cubiertos con vestidos de seda.

Hombre: Con agua en los pulmones. Con arena.

Mujer 2: Barcos a lo lejos.

Hombre: A cuatro millas. A cuatro millas de la costa.

Mujer 2: Después, un año después, se celebra.

Hombre: Se celebra el aniversario.

Mujer 2: Habría pasado un año.

Hombre: Habrían pasado muchos años.

La luz se extingue. Se escucha, cada vez más cerca, What Is This Thing Called Love? con vagas interferencias de charleston. Bruscamente se hace el silencio. La voz de Mujer 1 acentúa, en la oscuridad, ese pegajoso silencio.

Mujer 1: Un trasatlántico enorme atraviesa la escena. Yo, ustedes, todos viajamos en un barco que se llama Mauretania. Todos soñamos, desde el mar, con el desierto. Los invito cordialmente a permanecer en sus lugares hasta que la travesía haya terminado. Hasta que el barco llegue a su destino. Los invito a reflexionar brevemente sobre la palabra destino. Es una palabra que amo. También podríamos pensar brevemente, durante este breve lapso de silencio, en la palabra amor. Es un juego, sólo un juego. Juguemos a preguntarnos qué es eso que llaman amor. Disfrutemos el silencio. *(Estridencio de charleston, interferido por melodía romántica.)* Pido un minuto de silencio. *(Persiste la música hasta que, desafinada, como por cuentagotas se va extinguiendo)* Eso es. Así está mejor. Se extingue música ruidosa de los ruidosos veinte. Nos envuelve, en su tela de araña, el silencio. *(El silencio es una tela de araña viscosa, atrapante.)* Todos ustedes, los que creían mantenerse al margen, los que se imaginaban estar mirando desde afuera, están adentro, son parte de la escena, entran en el juego. Si intentaran levantarse antes de tiempo no podrían. Los invito cordialmente a permanecer en sus asientos. Pero no se engañan. No hay opción. Estamos atrapados. También ustedes. Atrapados en un sueño que nos sueña.

Se desliza lentamente la pantalla, de izquierda a derecha, proyectando imágenes de cabalgatas que atraviesan el desierto, cielo muy azul, mármoles rotos, capiteles, frisos, el temblor de la luz en el aire silencioso del desierto.

Cabalgatas que atraviesan el desierto. Cielo muy azul. Mármoles rotos. Capiteles. Frisos. El temblor de la luz en el aire silencioso del desierto. Espejismos de un desierto que se dibuja, tembloroso, sobre el mar. Un sueño que nos sueña.

A medida que se desvanecen las imágenes, una luz muy blanca, brillante, va invadiendo la escena: la luz que irradia un enorme trasatlántico que la atraviesa lentamente. Hombre y Mujer 2 abandonan sus lugares mientras pasa el barco. De espaldas a los espectadores lo miran pasar, protegiéndose los ojos de la luz deslumbrante y haciendo gestos de saludo y despedida. Desde cubierta saludan, se despiden, mujeres vestidas de blanco con sombreros de paja de Italia. La escena queda iluminada únicamente por la estela de luz que deja el barco.

Mujer 2, *de pie, sacudiendo el aire con fruición de autómatas:* Soy una mujer de edad indefinida. Soy una mujer que limpia sin descanso el polvo de los años. *(Se congela en el gesto, como si jugara el juego de las estatuas.)*

Hombre, *de pie, brindando:* Soy un hombre que se bebe, un día y otro también, todos los años que han pasado. *(Derrama cuidadosamente el contenido del vaso vacío.)*

Mujer 2, *con el plumero finge protegerse del sol:* Yo miro pasar los barcos. Miro pasar el Mauretania.

Hombre: Yo miro pasar los barcos. Ninguno es el Maure-

tasnia. Tengo buena memoria. Muy bien que lo recuerdo. Se habló mucho de aquello. Salí en los periódicos. A grandes titulares. Lo recuerdo muy bien: "Naufragio de un palacio flotante". Hace años. Tantos años. Desde entonces no navega el Mauretania.

Silencio.

Mujer 2: Espero el momento de servir el desayuno. Eso hago.

Hombre: Café. Pan tostado. Mermelada. Como todos los días. Sin dejar que cambie nada. La escena se repite. Empezamos.

Mujer 2: Hacemos como que empezamos (Pausa.) Esperamos.

Hombre: Podría ser una obra de teatro.

Mujer 2: Podría ser.

Hombre: Estaríamos en escena. Afuera sería de noche. Adentro, hoy por la mañana.

Mujer 2: Estamos en escena. No somos nadie. Somos lo que inventan otras miradas.

Hombre: Bastaría que dejaran de mirarnos.

Mujer 2: ¿Bastaría?

Hombre, camina lentamente hacia el chaise-longue. Se recuesta. Mira hacia los espectadores. Mira hacia el fondo donde emerge como una aparición Mujer 3, que permanece en la sombra: Me miran. Yo la miro. Sentada frente a la mesa. La mesa con el largo mantel blanco. La reconozco. Ella, vestida de blanco, con el mismo sombrero de paja.

Mujer 2, se sienta en la mecedora, mirando fijamente cualquier punto más allá de los espectadores. Se abanica con el plumerio. Se meca: Un sombrero de paja de Italia.

Hombre: Tengo miedo. No quiero acordarme.

Mujer 2: Es ella la que se acuerda. (Sobre Pavana para una infanta difunta, a ritmo de charleston, hablan al mismo tiempo Hombre y Mujer 2, primero como si rizaran, luego como si declamaran: Hemos estado esperando la nieve.

Hemos estado esperando la nieve.

Pero es inútil.

Pero es inútil.

Se han puesto de pie, rígidos, para el recitativo. Vuelven a sentarse. Mujer 1 ordena sus papeles. Toma de la mesa el sombrero de paja. Se lo pone. Recoge canasta y tijeras de jardín. Con la misma naturalidad, se agacha, y va desenrollando la soga, dejándola caer muy lentamente. Luego se va deslizado ella misma, sirviéndose de la soga, con la canasta colgada del brazo, hasta el piso bajo. Va jalándola hasta la mesa. Se acerca a Mujer 3 y se la anuda alrededor del cuello. La soga va arrastrando, muy lentamente, el cuerpo, que empieza a elevarse poco a poco hasta quedar suspendido, mecándose, encima de Hombre y Mujer 2 que permanecen ensimismados, ausentes. Mujer 1 se ha sentado, mientras tanto, a tomar el té. Termina una taza y se sirve otra. Bebe un sorbo. Se levanta y ensaya varias poses, como si se mirara en un espejo. Se calza unas sandalias de ballet que el mantel disimulaba. Empieza a bailar con gestos desmesurados la Pavana, que suena a marcha fúnebre y a charleston, alternativamente. Baila en círculos, cada vez más cerrados, alrededor de los dos personajes y del cuerpo que se balancea en medio de la escena. Mujer 2 se incorpora, indiferente a lo que está sucediendo, y sacude copos imaginarios por todas partes, inclinando el cuerpo aboracado. Luego se queda inmóvil, paralizada en un gesto inconcluso mientras Hombre pretende llenar nuevamente el vaso a pesar de que las

botellas están vacías y se queda igualmente paralizado. Mujer 1 gira alrededor de una y de otro, que se van animando en la medida en que ella va perdiendo impulso hasta que casa de bailar y se detiene, un poco al margen, mirando hacia los espectadores y sugiriendo silencio con el índice sobre los labios. Hombre y Mujer 2 se abalanzan sobre el cuerpo que les será arrebatado una y otra vez como si alguien lo maneja desde arriba, igual que una piñata, hasta que logran atraparlos y repartirse sus pedazos haciendo girones, en el forcejeo, vestido y sombrero. El cuerpo desnudo es el de una muñeca desarticulada y patéticamente obscena; una niña violada que irradiara una violencia, intolerable, dulzura. Habla Mujer 1 mientras Hombre y Mujer 2 atraviados con restos de sombrero y vestido ejecutan danza ritual en torno a los despojos de Mujer 3. Terminada la danza devoran en silencio su corazón, que cualquiera de los dos habría arrancado a mordidas. La luz va acuminando brillo y blancura hasta hacerse literalmente cegadora.

Mujer 1: Shh... Calma. Recomiendo mucha calma. (Pausa.) Nos obligaba a soñarla. Eso era todo. Alguien tenía que poner el punto final. Tuve que hacerlo. Lo demás les toca a ellos. (Silencio.) La ceremonia ha terminado. (Dirigiéndose a los espectadores.) Ustedes, señoras y señores, pueden levantarse. Ya es hora. Pueden abandonar la sala y olvidar este breve intermedio: aquí no ha pasado nada. Es afuera, en la otra escena, donde pasan cosas. Yo me despido. (Les dice adiós, como si despidiera a los pasajeros de un barco a punto de zarpar.) Buen viaje. Hasta la vista. Daré un paseo. Eso es. Creo que daré una vuelta por la playa.

Camina hacia atrás, con canasta colgada del brazo, sin dejar de despedirse. Bruscamente se extingue la luz, para restablecerse casi de inmediato con una intensidad idéntica a la que iluminó la escena al principio de la obra. Hombre y Mujer 2 reproducen, en chaise-longue y mecedora, el gesto primero de la primera escena, vistiéndose sus atuendos de siempre. Ha desaparecido el piso alto. No quedan rastros de la muñeca.

Pausa.

Hombre: No es más que un viaje. (Pausa.) Pronto será hora. (Pausa.) Pronto habrá vuelto.

Pausa.

Mujer 2: Lo hemos repetido tantas veces. (Pausa.) Han pasado tantos años. (Pausa.) Siempre vuelve.

Silencio. La luz se recoge con parsimonia hasta condensarse en el color amielado que rodea a Santa Bárbara en el cuadro de Van Eyck: es el sol filtrado de un jardín de invierno.

Pausa.

Hombre: Escribía cartas. (Pausa.) Hablé de trineos solitarios, de Maguncia, de la terraza del castillo de Heidelberg. (Pausa.) Un viaje a Alemania en invierno. (Pausa.) Quería hacer un viaje extravagante. (Pausa.) Aquel año. (Pausa.) Fue entonces.

Pausa.

Mujer 2: Podría. (Pausa.) Podría nevar. (Pausa.) ¿Y si nevara de repente?

Silencio.

Al fondo de la sala suena el clic de una cámara fotográfica. Flash destimbrante. No cae el telón. Los actores permanecen fijos, patinados, como figuras de cera. Sobre los espectadores cae la nieve.